

principales Sillas en todos sus derechos, temiendo que las perjudicase el nuevo orden civil. Por lo que toca á toda la Iliria, que en otro tiempo pertenecía al imperio de Occidente, allí el Papa habia conservado sin variaciones su jurisdiccion, no solo como Gefe de la Iglesia, sino tambien en su cualidad particular de Patriarca de Occidente. La division en Iliria oriental y occidental, hecha bajo el imperio de Arcadio, no habia introducido cambio alguno en este régimen eclesiástico. El obispo de Tesalónica era quien ejercia la autoridad del Papa sobre aquellas provincias, en cualidad de legado de la Santa Sede.

Bonifacio, sabedor de que se transferia al obispo de Constantinopla derechos enteramente nuevos sobre las iglesias de la Iliria oriental, escribió á Rufo, obispo de Tesalónica, que no cediese cosa alguna de su autoridad á los que haciendo innovaciones querian invadirla (1). El Papa supo al mismo tiempo que para esta innovacion iban á reunirse en Concilio los obispos de diferentes provincias de la Grecia, y hasta los de la Dacia. Quejóse, pues, vivamente de semejante proceder, preguntándoles qué superior de ellos se arrogaba el derecho de convocarlos. «Si leéis los cánones (así se citaba el Concilio de Nicea), si leéis los cánones, dice (2), vereis á qué prelado pertenece ejercer despues de mí la autoridad: sabreis entonces cuál es la segunda y la tercera silla. Estos antiguos cánones sostuvieron en su preeminencia á las grandes iglesias de Alejandría y Antioquía. ¿Emprendieron, no obstante eso, en ocasion alguna lo que se os quiere hacer que intenteis? Al contrario, ¿no se las vió á todas recurrir á la Iglesia romana en los asuntos graves, como por ejemplo en los de Atanasio y Flaviano de

(1) Tom. 4. Concil. pag. 1704 et seq.

(2) Ib. p. 1706.

Antioquía? Para comprender la fuerza de esta comparacion es necesario saber que la controversia de la Iliria nacia de que los ilirios occidentales no querian adherirse á lo que el Papa habia ordenado acerca de la eleccion del obispo de Corinto. Era este negocio de los que se llaman mayores, en los cuales era de costumbre, y tambien de derecho, acudir al sucesor de San Pedro, no solo respecto de las iglesias del patriarcado de Occidente, sino tambien respecto de todas las demas; porque, en su calidad de primer Pastor, le pertenecia velar sobre la constante y general observancia de las santas reglas, sobre todo en los casos que interesan al orden episcopal, cuyo gefe es.

Por conclusion, Bonifacio prohibe terminantemente á los obispos de Iliria congregarse con designio de examinar segunda vez lo que habia establecido por sí ó por Rufo de Tesalónica, en lo perteneciente á Perigenes, obispo de Corinto. Les manda por el contrario obedecer en todo á Rufo, y amenaza á los obstinados con que los separará de la comunión de la Silla apostólica.

Mas á fin de mantener con mas seguridad los privilegios de la Iglesia romana, envió una diputacion á Honorio, tío del joven emperador de Constantinopla. Este príncipe, siempre pronto á servir á la Iglesia, ilustró á su sobrino sobre las consecuencias peligrosas de lo que se acababa de conseguir violentamente de él. Esto hizo entrar dentro de sí á Teodosio y respondió á su tío que, sin atencion á lo que los ilirios habian obtenido por sorpresa, mantendria los antiguos privilegios de la Iglesia romana conforme á los cánones, y que desde este momento encargaria á los prefectos del Pretorio velar sobre ello.

Si esta constitucion imperial no se encuentra en la compilacion de Justiniano, no por esto se debilita la autoridad del ejemplar conservado en los archivos romanos

con todos los caracteres de autenticidad. Insertóse con mucho cuidado en el código Teodosiano y en el de Justiniano la constitucion que ésta revocaba; pero como estas colecciones se hicieron en la nueva Roma, rival muy celosa entonces de la antigua, no debe causarnos admiracion que solo se conservase en ella lo que era ventajoso á esta émula soberbia. La Santa Sede, en tiempo de Teodosio el joven, conservó toda la jurisdiccion sobre la Iliria, y la administró enteramente aun mucho tiempo despues; pero ya desde entonces se entreveia hasta dónde llegaban las miras ambiciosas de los griegos y á qué excesos llevarian algun dia la envidia y el cisma.

El mismo Pontífice reprimió en las Galias la temeridad de Patroclo, metropolitano de Arlés, que se habia atrevido á ordenar fuera de su provincia á un obispo para la Silla de Lodeva (1). Escribió el Papa á Hilario de Narbona, mandándole que pasase á donde se habia verificado la ordenacion, y practicase lo que creyese conveniente, tanto en calidad de arzobispo, como en virtud de la comision apostólica, avisando despues de ello á la Santa Sede. Aqui tambien se autoriza Bonifacio con lo dispuesto en Nicea, cuyas determinaciones, dice, conservan religiosamente las prerogativas de cada metrópoli, y no permiten que dos provincias estén sujetas al mismo prelado; acerca de lo cual es fácil notar que el Concilio de Nicea asegura de tal modo á cada metropolitano su jurisdiccion propia, que nada quita al Soberano Pontífice de los derechos de su primacia sobre ellas. Murió Patroclo algunos años despues á manos de un tribuno, que se cree haber sido ejecutor de las órdenes secretas del prefecto de la milicia (2).

(1) Bonif. I. Epist. 3, in tom. 2 Concil.

(2) Prosp. Chron. ann. 426.

Segun la mas cierta cronología, el Papa Bonifacio falleció á 25 de octubre de 422, despues de haber ocupado la Silla tres años y ocho meses. Por un epitafio antiguo sabemos que llegó al pontificado en una edad muy avanzada, pero que desde su juventud habia servido útilmente á la Silla Apostólica y favorecido á la ciudad de Roma en un año de esterilidad. Formaban su carácter la mansedumbre, la modestia y la clemencia; virtudes amables que sirvieron mucho mas que la severidad para extinguir el cisma que ocasionó su eleccion, pero que no le estorbaron sostener con vigor la dignidad de su Silla. Nueve dias despues de su muerte, á 5 de noviembre, se eligió Celestino, romano de nacimiento, que ocupó cerca de diez años la Cátedra de San Pedro.

Al año siguiente murió de hidropesia el emperador Honorio, siendo de edad de treinta y nueve años, y habiendo reinado veinte y ocho despues de la muerte de Teodosio el grande su padre, de quien heredó, segun dicen, todas las cualidades religiosas y ninguna de las imperiales. No obstante, si se atiende á la larga duracion de su reinado, agitado continuamente en estos desgraciados tiempos, así por los ataques de los innumerables bárbaros que inundaron las fronteras del Imperio, como por la rebelion de los mas peligrosos tiranos que logró domar; es preciso confesar, ó que su piedad no le hizo un príncipe tan débil como se pretende, ó que supo discernir y conservar en su empleo á los grandes capitanes de su reinado con una constancia que seria una paradoja casi tan inexplicable como la primera. Sea lo que fuere acerca de las cualidades de su persona y de lo difícil de las circunstancias, por lo menos el imperio de la antigua Roma se mantuvo firme durante todo el reinado de este emperador, ó por sus propias fuerzas, ó por la solidez de su

constitucion. Muerto Honorio, y sucediéndole rápidamente vanos fantasmas de César, res que ocuparon su lugar, esperiméntó Roma la caída que la sepultó para siempre.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Desde la decadencia del Imperio de Occidente en el año 423, hasta la muerte de San Agustin en el de 430.

TIENEN tal enlace con los intereses de la Iglesia algunas revoluciones y acontecimientos políticos, que no es posible pasarlos en silencio; así pues recorreremos con rapidez los que en los designios de Dios tienen marcada conexión con los objetos de un orden superior. Tal es principalmente la caída de la idólatra y soberbia Roma. El mas sublime de los escritores evangélicos habia trazado ya varias imágenes terribles de esta nueva Babilonia, abandonada al furor de las naciones por haberse embriagado con la sangre de los Santos, y la sentencia del cielo llevóse á efecto por medio de las causas segundas; y las primeras convulsiones del coloso enorme del imperio principiaron á oírse dentro de su propio seno.

Como las riendas del gobierno habian aflojado de un modo prodigioso, pasando de manos del gran Teodosio á las débiles de dos niños, los ministros y generales llenaron de turbulencias el Estado con su ambición, sus rivalidades y sus venganzas. La patria sufría continuas pérdidas en la multitud de los valientes guerreros y sabios capitanes que sacrificaba la envidia de los aduladores; y sufríalas tambien aun en la muerte de los ambiciosos, que pudiendo servir útilmente

á su príncipe, y queriendo mas ser sus tiranos, venian á ser víctima de sus designios execrables. Estas pérdidas, verdaderamente ruinosas y siempre mal reparadas, se hacian mas graves, porque al momento se suscitaban otros nuevos ambiciosos, en quienes el interés particular podia mas que el bien público, así como el atractivo de la posesión del trono podia mas en ellos que el el peligro que habia en usurparle.

No contentos con talar las provincias, y especialmente la Italia que era, por decirlo así, la parte noble del cuerpo del Estado; no contentos con ser causa, por sus latrocinios y violencias, de innumerables emigraciones tan funestas al Occidente que abandonaban los fugitivos, como gravosas al Oriente en donde buscaban asilo, atraían, en lugar de los romanos naturales, á los enemigos jurados del nombre y grandeza de Roma. Ya mucho tiempo antes se habia visto á las naciones bárbaras y salvages hacer varias irrupciones por las fronteras, ora para aliviar sus necesidades é indigencia con el saqueo, ora para estender los límites de los países estériles, en donde estaban como encerrados. Mas cuando los mismos romanos les hicieron perder el respeto al nom-

bre romano, y cuando los bárbaros llegaron á perder aquel temor reverencial y casi religioso; entonces, semejantes á un torrente que rompe sus diques, traspasaron con ánimo de no retroceder las barreras que se les habia alentado á forzar, llevando la desolacion y el estrago á las mas florecientes provincias y hasta al seno mismo del Imperio. Los alemanes, pueblo particular de la Germania, eternizaron en todas estas comarcas su nombre y su poder; los francos y los borgoñones inundaron las Galias; los pictos entraron en la Gran Bretaña; los godos occidentales, los suevos y los vándalos, despues de haber talado las Galias, subyugaron diferentes provincias de España; los hérulos y ostrogodos penetraron hasta la Italia, y se hicieron sucesivamente dueños de Roma; todos, en una palabra, hasta los lombardos, con otras hordas igualmente oscuras, quisieron tambien insultar á la águila moribunda de los Césares.

Valentiniano III, que contaba solos seis años cuando sucedió á su tío Honorio, carecia de las cualidades propias para sostener en tan difíciles circunstancias el vacilante imperio. Era hijo de la princesa Placidia, hermana del último emperador; y de Constancio, condecorado con la púrpura, que habia ganado derrotando al tirano Constantino, y de la que á los seis meses se vió privado por la muerte. Placidia, poco antes de morir Honorio, se habia visto obligada á guarecerse en Constantinopla con su hijo, á causa de sus inteligencias en Occidente con los enemigos del imperio, y entonces el primicerio de los notarios, esto es, el primer secretario de Estado, se aprovechó de esta ausencia para arrogarse el poder supremo, haciéndose proclamar emperador en Rávena, donde se mantuvo año y medio. Juan (así se llamaba el ambicioso secretario) sostenido en Italia por Castino, gefe de la milicia, quiso que le reconocie-

sen tambien en Africa, en donde mandaba el conde Bonifacio, muy amigo entonces del santo obispo de Hipona, y que se distinguia por una piedad digna de esta amistad, y por consiguiente era fiel á su príncipe y á todas sus obligaciones (1). Detestaba por otra parte la fiera arrogancia de Castino, y tenia otros motivos particulares para no estar contento con él: circunstancias que le resolvieron á declararse con vigor en favor de Placidia y á hacer reconocer á Valentiniano. Sostuvo tambien Teodosio el partido del joven emperador, que era primo hermano suyo, y envió un ejército en su auxilio.

El usurpador habia atraído á su partido las innumerables tropas de bárbaros, que por todas partes amenazaban al imperio, y parecia imposible hacer frente á tantos enemigos. Sin embargo, el brazo del Todopoderoso protegía á los fieles, y quedaron triunfantes por el concurso de una multitud de incidentes tan singulares y tan oportunos, que seria temeridad no atribuirlos á efecto visible de una providencia particular. Fué derrotado Juan, y sorprendido y muerto en Rávena. Para aumentar su partido habia protegido á todos los enemigos de la Religion; mas apenas Valentiniano vencedor se vió en posesión del soberano poder, ó mas bien Placidia bajo su nombre, espulsaron de las ciudades á todos los hereges y cismáticos, y se confirmaron los privilegios de la Iglesia, en particular el que tenían los clérigos para no ser demandados, sin distinción de causa, ante los tribunales seculares.

Restablecida la calma en Occidente, llevóse de Africa á Roma una causa célebre aun en el día de hoy por sus consecuencias, ó por la diversidad de dictámenes y reflexiones á que ha dado margen. Fué esta la apelacion de Antonio, obispo de Fúsala, á la

(1) Philostr. lib. 9 hist. cap. 13.